

Los esclavos del Transahariano

Un documental recupera la historia de dos mil republicanos españoles deportados por Francia al desierto para construir un ferrocarril quimérico, durante la II Guerra Mundial **Joan Sella**



A 750 km. al sur de Orán (Argelia), a las puertas del Sahara y próximo al antiguo campo disciplinario de Hadjerat M'Guil –administrado por el régimen pro nazi francés durante la II Guerra mundial–, existe un pequeño recinto funerario donde, prácticamente borrados por la arena, aún se pueden distinguir seis túmulos anónimos. A este lugar, perdido en medio de un paisaje gris y pedregoso, los habitantes de la mísera aldea contigua al antiguo campo le denominan “cementerio español”. Aquí yacen, como mínimo, cuatro republicanos españoles, refugiados en Argelia tras la Guerra Civil, víctimas de la barbarie instalada en aquel infierno disciplinario; donde además también fueron asesinados prisioneros judíos y alemanes disidentes del nazismo. En Francia, Hadjerat también es conocido como “el Buchenwald del Sahara”.

Recientemente, un equipo de TVE-Catalunya localizó estas tumbas, a

partir de los papeles que dejó escritos José Muñoz Congost, un periodista libertario alicantino –ya fallecido– que fue deportado a Hadjerat M'Guil por las autoridades coloniales francesas. Según Congost, cuatro de los túmulos guardan los restos de otros tantos republicanos españoles apellidados Moreno, Pozas Álvarez y otro Álvarez.

“Pico y pala, arena y mucha sed”, recuerda un antiguo deportado

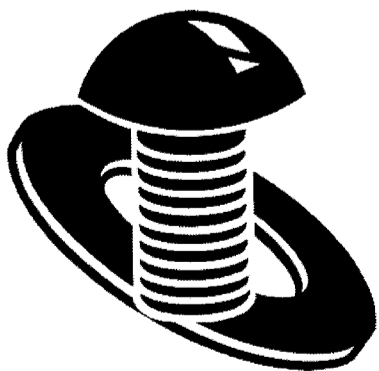
Esta versión la corrobora Juan Alcaraz, otro superviviente del solar infernal de Hadjerat M'Guil. Alcaraz tiene noventa años, vive en Cartagena, y conserva la memoria muy nítida de su paso por el campo disciplinario: trabajo extenuante, hambre y vejaciones eran, según el superviviente, las “especialidades más refinadas” de los funcionarios del gobierno colaboracionista francés responsables del cam-

po. Por ejemplo: el *bouillon salée* (caldo salado): “El ayudante jefe Dauphin solía llevar los bolsillos llenos de sal. Cuando hacíamos cola para el reparto de la comida, Dauphin echaba un gran puñado de sal en el plato de sopa del preso que se le antojaba. Aquello significaba una triple condena a muerte; por hambre (todos los presos

especial del jefe de la compañía en la que el muchacho estaba destinado, en las obras del Transahariano. En cuanto llegó, encadenado, al campo, lo llevaron al pequeño cementerio y lo acercaron a una fosa. ‘¿Ves esta tumba?, es para ti’, le dijeron. Ocho días más tarde Moreno fue enterrado en ella”.

Siguiendo el relato del superviviente, Moreno fue reventado a palos por sus verdugos mientras no dejaba de transportar piedras de 80 kilos desde la cantera al campo. Se le suprimió la comida y “se le apaleaba hasta cubrirlo de sangre. Cuando le fallaron todas las fuerzas lo devolvieron sin sentido a su celda, lo dejaron abandonado en el suelo pelado sin cuidados ni alimentos. Murió el octavo día como habían decidido aquellos bárbaros”.

Años después de suceder estos hechos y, tras la liberación del norte de África por parte de los ejércitos aliados, los verdugos de Hadjerat fueron sometidos a consejo de guerra. Durante el juicio quedó acreditado que –como mínimo– tres españoles más y un judío de origen centroeuropeo



El campo disciplinario de Hadjerat M'guil (en la foto, con transcripción gráfica errónea) era la

puerta del infierno para los republicanos españoles obligados a construir el

ferrocarril que tenía que cruzar el desierto del Sahara de norte a sur. La penosidad de

los trabajos (temperaturas de 50 grados, tempestades de arena, mala nutrición, sed...) y los malos

tratos por parte de los funcionarios de la Francia colaboracionista causaron la muerte a

decenas de refugiados políticos. Sobre el ataúd se aprecia una bandera republicana